

CUADERNO DE TRABAJO

Trump, el imperio y el cambio social mundial

¿Hacia dónde vamos?

Pablo Vommaro
Gloria Amézquita
Manuela Boatcă
Sandro Mezzadra
Gurminder K. Bhabra
Göran Therborn
Marga Ferré
William I. Robinson

CUADERNO DE TRABAJO

Trump, el imperio y el cambio social mundial

¿Hacia dónde vamos?

Pablo Vommaro
Gloria Amézquita
Manuela Boatcă
Sandro Mezzadra
Gurminder K. Bhabra
Göran Therborn
Marga Ferré
William I. Robinson

Trump, el imperio y el cambio social mundial : ¿hacia dónde vamos? / Manuela Boatca ... [et al.] ; - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2026.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-308-340-4

1. Imperialismo. 2. Capitalismo. 3. Cuba. I. Boatca, Manuela
CDD 325.32

Corrección: Eugenia Cervio

Tapa y diagramación de interior: Dominique Cortondo Arias



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Introducción	
Un diálogo Sur-Norte frente a la nueva Doctrina Monroe	5
Pablo Vommaro y Gloria Amézquita	
El mundo trumpista	7
Göran Therborn	
El hegemonía en declive	10
Manuela Boatcă	
“Toda una civilización morirá esta noche, para no volver jamás”: el regreso del colonialismo	15
Gurminder K. Bhambra	
Resignificar palabras ante un imperio en decadencia	20
Marga Ferré	
El “Corolario Trump” a la Doctrina Monroe	23
Sandro Mezzadra	
El nuevo complejo del capital, Pax Silica, y el embrionario Estado fascista	26
William I. Robinson	
Sobre los autores y autoras	31

Introducción

Un diálogo Sur-Norte frente a la nueva Doctrina Monroe

En la madrugada del 3 de enero de 2026, Estados Unidos bombardeó Venezuela y secuestró al presidente Nicolás Maduro y a su esposa, Cilia Flores. Fue el primer ataque aéreo abierto y asumido de esa potencia sobre el territorio de un país sudamericano. Semanas antes, la Casa Blanca había dado a conocer su nueva Estrategia de Seguridad Nacional, que anuncia un “Corolario Trump” a la Doctrina Monroe y contempla el uso de la fuerza militar para restablecer la preeminencia estadounidense en el hemisferio. La militarización del mar Caribe, las renovadas amenazas sobre Groenlandia y, poco después, los ataques de Estados Unidos e Israel contra Irán confirmaron que aquella orientación ya estaba en marcha y se pretendía imponer en otras regiones.

Para América Latina y el Caribe, esta secuencia tiene resonancias históricas ineludibles. A lo largo del siglo XX, Cuba, Puerto Rico, Haití, República Dominicana, Nicaragua, Panamá y Granada, entre otros países, conocieron invasiones, ocupaciones y desembarcos de tropas estadounidenses. Al mismo tiempo, nuestra región sostuvo durante décadas una tradición de paz entre Estados, que la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) reafirmó en 2014 al declararla zona de paz y des-nuclearizada. Esa paz convivió, no obstante, con altos niveles de violencia al interior de los países y con una soberanía muchas veces limitada por la tutela de las potencias del Norte. El ataque a Venezuela funciona como advertencia para cualquier gobierno que se aparte del alineamiento con Washington y abre interrogantes urgentes sobre la soberanía, la autonomía y el lugar de nuestros países en una geopolítica mundial en plena transformación.

Frente a este escenario, desde CLACSO asumimos la responsabilidad de promover una reflexión colectiva, rigurosa y situada desde el pensamiento crítico y transformador. Con ese propósito, la Dirección Ejecutiva convocó en febrero de 2026 al diálogo internacional “El Corolario Trump a la Doctrina Monroe: una aproximación global” (CLACSO, 2026), orientado a interpretar el documento estratégico de la administración Trump y sus implicancias para la región y el mundo. Si bien sabemos que un documento público difícilmente revela la totalidad de los planes de un gobierno, entendimos que ofrecía claves valiosas para leer el rumbo de la política norteamericana y el modo en que Washington imagina su lugar en el mundo. Este Cuaderno de trabajo nace de aquel encuentro: reúne intervenciones presentadas en esa oportunidad junto con otros aportes que amplían y enriquecen la discusión.

La convocatoria respondió a una decisión deliberada. Invitamos a intelectuales de reconocida trayectoria internacional que desarrollan su trabajo desde Europa y Estados Unidos, algunos de ellos estrechamente vinculados a nuestra red. Estamos convencidos de que mirar el poder estadounidense desde otras latitudes permite superar las lecturas que lo reducen a una relación bilateral con América Latina y el Caribe, y comprender a nuestra región como parte de una trama mundial en movimiento. Esta apuesta por un diálogo entre las izquierdas intelectuales Sur-Norte, franco y exigente, se orienta a traducirse en proyectos comunes hacia el futuro, ligados a la edificación de nuevas agendas, la cooperación académica, la acción solidaria y la intervención pública.

Las contribuciones aquí reunidas abordan el fenómeno desde perspectivas diversas que ponemos en diálogo. Göran Therborn analiza la Estrategia de Seguridad Nacional como la formalización del abandono del orden de posguerra y de la idea misma de una humanidad portadora de derechos. Manuela Boatcă, desde el análisis del sistema-mundo moderno/colonial y en diálogo crítico con Max Weber, interpreta

el recurso abierto a la fuerza como un signo del declive hegemónico estadounidense. Gurminder K. Bhambra inscribe la coyuntura en una sociología histórica del colonialismo y el imperio, y muestra cómo el discurso oficial de Washington vuelve a celebrar la herencia de la expansión colonial europea. Marga Ferré propone nombrar con precisión aquello que enfrentamos y reivindica el valor analítico de categorías como neofascismo, imperialismo y colonia. Sandro Mezzadra examina el proyecto de construcción de un bloque bajo liderazgo estadounidense y los límites que le imponen las luchas sociales latinoamericanas y la presencia de China en la región. William I. Robinson, finalmente, sitúa el trumpismo en la crisis de época del capitalismo global y en la conformación de un nuevo complejo hegemónico que articula las grandes corporaciones tecnológicas, las finanzas transnacionales y la industria militar.

Como corresponde a un Cuaderno de trabajo de CLACSO, el volumen se propone, ante todo, abrir debates. Los textos difieren en cuestiones centrales: si la agresividad de Washington expresa debilidad o capacidad de recomposición, si corresponde hablar de fascismo o de neofascismo, si asistimos a un regreso del colonialismo o a formas renovadas de subordinación. Valoramos esa pluralidad porque permite contrastar hipótesis y afinar los conceptos con los que interpretamos el presente y asumimos los desafíos hacia el futuro.

Quedan planteadas, además, preguntas decisivas para nuestra región: cómo preservar la paz y ampliar a la vez los márgenes de autonomía de nuestros países, qué papel pueden cumplir la integración regional y la cooperación Sur-Sur en un escenario marcado por el ascenso de China y del bloque asiático, y de qué manera incorporar a este análisis la crisis ecológica, una dimensión que los textos apenas esbozan y que merece un lugar propio en la agenda.

Desde CLACSO sostenemos que el conocimiento es un bien común y que las ciencias sociales, las humanidades y las artes críticas tienen un lugar central en la comprensión de nuestro tiempo y en la construcción de alternativas desde el Sur Global. En un contexto de avance de las ultraderechas y las fuerzas regresivas en distintas regiones del mundo, ese compromiso adquiere un sentido particular. Este Cuaderno es expresión de ese compromiso y, a la vez, una invitación a continuar el diálogo con nuestra red de Centros, con los movimientos sociales, con los Grupos de Trabajo y con quienes, desde distintos lugares del mundo, trabajan por una dinámica internacional más justa, democrática y soberana.

Agradecemos a las autoras y los autores por su generosidad intelectual y por su disposición a pensar junto a nosotros este momento crítico. Como toda la producción editorial de CLACSO, este Cuaderno se publica en acceso abierto diamante, sin costos para quienes escriben ni para quienes leen, y está disponible para su descarga libre y gratuita en la Librería Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales. Invitamos a leerlo, discutirlo y hacerlo circular en aulas, centros de investigación, espacios públicos, organizaciones y movimientos, con la convicción de que pensar en común, con rigurosidad y críticamente el presente es una condición para transformarlo.

Pablo Vommaro

Director Ejecutivo de CLACSO

Gloria Amézquita

Directora Académica de CLACSO

El mundo trumpista

Göran Therborn

El abandono de la humanidad

Es un signo de nuestro tiempo histórico que Donald Trump haya resucitado la vieja Doctrina Monroe—formulada en la época de las guerras genocidas contra los pueblos indígenas— y que, además, el actual presidente invoque el Corolario Theodore Roosevelt, proclamado en el apogeo del expansionismo imperial estadounidense, momento en el que se sucedieron las invasiones y anexiones de Cuba, Panamá, Puerto Rico, República Dominicana y Filipinas. Ahora bien, el “Corolario Trump” forma parte de algo de mayor envergadura. La nueva Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos formaliza la demolición del orden internacional de posguerra. Se trata de un orden que, al menos en los papeles, reconocía a la humanidad como una comunidad compuesta por todos los seres humanos, portadores de derechos humanos y destinatarios de deberes humanitarios. El trumpismo ha abandonado esa idea de humanidad. Solo reconoce un mundo dividido en naciones desiguales, enfrentadas en competencia permanente y rivalidad estratégica.

La resurrección del capitalismo colonial de guerra

Resulta notable la manera en que la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense se refiere explícitamente a los intereses de las grandes corporaciones privadas norteamericanas. Siguiendo el documento, la tarea del Estado consiste en promover y proteger esos intereses, expandir su acceso a recursos y mercados, y desalentar toda colaboración con actores externos al hemisferio occidental. La seguridad nacional trumpista es, ante todo, la seguridad y expansión del gran capital estadounidense.

Por sus estrechos vínculos con las oligarquías económicas, sus guerras comerciales y agresiones militares, así como por la combinación que ofrece de poder estatal y poder corporativo para apropiarse de territorios, materias primas y rutas comerciales bajo protección militar, el trumpismo prácticamente nos devuelve a la época temprana del colonialismo y del capitalismo de guerra. A aquel tiempo en que se afirmaba: “No es posible hacer la guerra sin comercio, ni mantener el comercio sin hacer la guerra”. Marco Rubio incluso ha manifestado públicamente su admiración por la expansión colonial europea de los cinco siglos anteriores a la Segunda Guerra Mundial. El secretario de Estado de EE. UU. la presenta como un motivo de orgullo de la “civilización occidental”, de la que —según él— los aliados europeos no deberían sentirse “encadenados por la culpa y la vergüenza”. El trumpismo rehabilita así la vieja mirada imperial sobre los desplazamientos forzados, los genocidios y el Sur Global en su conjunto.

La estrategia mundial

La nueva estrategia estadounidense adopta enfoques diferenciados según las regiones. En el continente americano, el objetivo central declarado es la “restauración contundente del poder y de las prioridades” de Estados Unidos. El núcleo de la estrategia es el poder y el monopolio: la “preeminencia estadounidense” y la expulsión o exclusión de las influencias externas. Dentro de la misma región, la intención parece ser la construcción de una jerarquía de gobiernos vasallos y subordinados. El documento habla de reclutar “campeones regionales capaces de contribuir a la estabilidad de la región, incluso más allá de sus propias fronteras”. También afirma que “gobiernos, partidos políticos y movimientos aliados serán recompensados”. Esto implica un abierto desprecio por la independencia y la soberanía de las demás naciones del continente, desprecio que ya comenzó a materializarse en la práctica.

Respecto de Europa, el trumpismo concibe su misión como la activación de una profunda transformación cultural destinada a “salvar” a la civilización europea de su supuesta decadencia y “borradura”. En términos concretos, ello implica una guerra cultural contra la Unión Europea y contra la civilización política contemporánea del continente. El documento propone literalmente “cultivar resistencias contra la trayectoria actual de Europa dentro de las naciones europeas” y “fortalecer naciones sanas en Europa central, oriental y meridional”. La promoción trumpista de la extrema derecha europea y el respaldo a sus campañas electorales ya están en marcha, con efectos visibles, aunque todavía no decisivos.

La estrategia de la Doctrina para Asia es más convencional: “ganar el futuro económico y evitar la confrontación militar”. China es tratada con cierto respeto, prácticamente como un par [*near-peer competitor*], es decir, como un competidor estratégico más que como un enemigo absoluto. China ganó la primera batalla arancelaria de la primavera pasada gracias a su dominio sobre minerales estratégicos, aunque debió aceptar su expulsión de Panamá. La guerra económica impulsada por Estados Unidos ha provocado reorientaciones en los flujos comerciales y complejas maniobras geopolíticas por parte de países como India y Vietnam, pero hasta ahora no ha alterado la dinámica central del crecimiento asiático.

Actualmente, como gran exportador de energía, Estados Unidos reduce el peso estratégico que antes atribuía a Medio Oriente. Esta región pasa a ser concebida, ante todo, como “fuente y destino de inversiones internacionales”. El documento afirma que “El conflicto israelí-palestino sigue siendo espinoso”, pero añade inmediatamente que “el presidente Trump negoció avances hacia una paz más permanente”. No aparece una sola palabra sobre el pueblo palestino.

Finalmente, en África, el objetivo principal de la estrategia estadounidense es la apropiación de los recursos naturales del continente. Se proclama un cambio de paradigma: pasar “de la ayuda exterior a la inversión y el crecimiento”, orientados a “aprovechar los abundantes recursos naturales africanos”. Ese cambio ya comenzó a materializarse mediante los recortes drásticos a la ayuda internacional, el desmantelamiento de programas de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional [USAID] y la retirada de organismos multilaterales como la Organización Mundial de la Salud. Las consecuencias humanitarias podrían ser devastadoras, especialmente para los niños sin acceso a vacunas y enfermos de SIDA privados de tratamientos esenciales. Bill Gates ha advertido sobre la posibilidad de millones de muertes en el mediano plazo.

Los límites del trumpismo

Por todo lo dicho anteriormente, el trumpismo representa un peligro global. Pero Trump y su régimen no son fascistas en un sentido clásico. Trump es, antes que nada, un empresario despiadado con instinto político. Carece del fanatismo doctrinario y de la brutalidad ideológica características de los líderes fascistas históricos. Por eso, sus críticos en Estados Unidos lo llaman TACO –*Trump Always Chickens Out*–, expresión que podría traducirse como: “Al final, Trump siempre retrocede”. Construido sobre la imprevisibilidad y la intimidación, el poder de Trump es también inherentemente inestable. Le quedan apenas tres años de gobierno y su sucesión dependerá de elecciones que podrían no estar exentas de manipulación. Actualmente, la mayoría de la población estadounidense desaprueba tanto a Trump como a sus políticas. Sin embargo, no faltan figuras dispuestas a continuar un trumpismo sin Trump.

Con un futuro cambio de gobierno, es posible que Estados Unidos vuelva a integrarse plenamente en las instituciones internacionales. Pero reconstruir un orden global basado en el derecho y en la cooperación universal será mucho más difícil, sobre todo debido al ascenso de una derecha antihumanista a escala mundial. Nos encontramos hoy dentro de un ciclo ascendente de las derechas, tanto en Europa como en América Latina. Sin embargo, como todo ciclo histórico, también este terminará. El nuevo capitalismo nacionalista y brutal, inscrito en un contexto de declive hegemónico estadou-

nidense, acompañado de una inmensa superioridad militar, probablemente sobrevivirá a la salida de Trump. Las catástrofes climáticas –al menos en el Norte Global– podrían alterar profundamente las relaciones de poder mundiales.

Conclusión: un terror con límites y un drama inmediato

La situación a corto plazo, sin embargo, es dramática. En apenas tres años pueden destruirse muchas cosas: la Revolución Cubana, la soberanía de diversos países latinoamericanos, la soberanía de Dinamarca sobre Groenlandia y buena parte de lo que aún queda de decencia política en la civilización europea. También pueden perder la vida decenas de miles de africanos y palestinos. Y las catástrofes derivadas del cambio climático podrían intensificarse todavía más. Para impedirlo serán necesarias tanto una diplomacia inteligente como una movilización popular de alcance intercontinental y, sobre todo, coraje político y moral: una cualidad cada vez más escasa entre los dirigentes contemporáneos.

El hegemon en declive

Manuela Boatcă

La perspectiva que empleo para abordar este tema está basada en el análisis del sistema-mundo moderno/colonial. Desde esta corriente se viene sosteniendo que el declive de Estados Unidos como potencia hegemónica comenzó alrededor de 1970 y que tal decadencia se aceleró durante la presidencia de George W. Bush. Se señalaron tres factores que llevaron al inicio del declive de Estados Unidos: el surgimiento de rivales económicos, principalmente Europa Occidental y el Japón; la revolución mundial de 1968 que conectó protestas civiles, huelgas estudiantiles y manifestaciones contra la guerra en varias partes del mundo y su impacto en las mentalidades; y, finalmente, la derrota de Estados Unidos en Vietnam (Wallerstein, 2003a, pp. 23-29). Luego la caída del Muro de Berlín en 1989 y los atentados terroristas de septiembre de 2001 aceleraron aún más el declive y lo cargaron de un simbolismo antihegemónico (Wallerstein, 2003b). La hipótesis del declive, inicialmente propuesta por Immanuel Wallerstein en los años 80, fue considerada absurda (Wallerstein, 2013). El rechazo de esta perspectiva sistémica aumentó especialmente en la década de 1990, cuando en todos los ámbitos del espectro político se creía ampliamente que Estados Unidos había alcanzado la cima de su dominio unipolar.

Después de la crisis financiera global de 2007-2008, la opinión de los políticos, los expertos y el público en general comienza a cambiar. Y a partir de 2015 crece de forma significativa la literatura crítica que alude de manera sistemática a la pérdida de poder y de influencia económica de Estados Unidos (Rodríguez, 2026, p. 4). Quiero proponer aquí dos argumentos. Por un lado, sostendré que el declive del hegemon Estados Unidos resulta cada vez más claro con el visible uso de la fuerza militar a partir de la administración George W. Bush. Y, por otro lado, asumo que el Corolario Trump a la Doctrina Monroe es una señal reveladora de un declive irreversible, que podemos entender mejor a partir de la tesis de la pérdida del monopolio de la violencia legítima por parte de los Estados naciones, tal como la formuló Max Weber. Por supuesto, debemos extraer del ámbito nacional el análisis del monopolio de la fuerza que ofreció Weber. Ello resulta necesario para poder alcanzar una visión global que se corresponda con las coordenadas de este *Cuaderno de trabajo*, y para poder entender los mecanismos que operan detrás de los recientes acontecimientos iniciados por parte de Estados Unidos.

Veamos entonces, ¿qué implica realmente la Doctrina Monroe? Sabemos que, en su formulación inicial de 1823, el presidente Monroe señaló que Estados Unidos consideraría cualquier intento de las potencias europeas de extender su dominio al hemisferio occidental, incluidos los esfuerzos por recuperar el control de aquellas antiguas colonias que ya habían sido reconocidas por Estados Unidos como naciones independientes, como “peligroso para nuestra paz y seguridad” y como “la manifestación de una disposición hostil hacia Estados Unidos” (Monroe Doctrine, 1823). Según nos recuerda Francisco Lobo en su análisis de la Doctrina y sus corolarios, este significado original acabaría evolucionando hasta convertirse en lo que se conoció como el “Corolario Roosevelt” a la Doctrina Monroe. Fue el presidente Theodore Roosevelt quien se encargó en 1904 de mejorar la filosofía de Monroe para incluir allí la posibilidad de ejercer el “poder policial internacional”, es decir, el uso de la fuerza, sobre las potencias externas que interfirieran en la vecindad geopolítica de Estados Unidos. La Doctrina Monroe y su Corolario moldearon las políticas de “buena vecindad” de Franklin Delano Roosevelt y la “Alianza para el Progreso” de John F. Kennedy, en un intento de asegurar las alianzas y la hegemonía regional, incluso en el plano de la seguridad, dentro de las Américas (Lobo, 2025). Ahora bien, ¿Qué es lo que cambia cuando nos concentramos en el momento histórico actual? En el documento correspondiente a la Estrategia Nacional de Seguridad de la administración Trump, publicado a fines de 2025, se sostiene que

Tras años de abandono, Estados Unidos reafirmará y hará cumplir la Doctrina Monroe para restablecer la preeminencia estadounidense en el hemisferio occidental [...]. Negaremos a los competidores no hemisféricos la capacidad de posicionar fuerzas u otras capacidades amenazantes, o de poseer o controlar activos estratégicamente vitales, en nuestro hemisferio. Este “Corolario” a la Doctrina Monroe es una restauración sensata y potente del poder y las prioridades estadounidenses. (The White House, 2025)

El énfasis en el uso de la fuerza, especialmente en el Corolario Roosevelt y en el actual intento de Trump de negar o restringir la capacidad de posicionar fuerzas de terceros u otras capacidades amenazantes, remite a mi entender a la pérdida del monopolio de la violencia de los Estados naciones como herramienta legítima de control. Según Max Weber, el monopolio de la violencia pertenece a los Estados naciones –es decir, es algo moderno. Weber entiende al Estado como

aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio [el “territorio” es un elemento distintivo], reclama [con éxito] para sí el monopolio de la violencia física legítima. Lo distintivo de nuestro tiempo es que a todas las demás asociaciones e individuos solo se les concede el derecho a ejercer la violencia física en la medida en que el Estado lo permite. El Estado es la única fuente dotada del “derecho” al ejercicio de la violencia. La “política” significaría pues, para nosotros, la aspiración [*Streben*] a participar en el poder o bien a influir en la distribución del poder entre los distintos Estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen. (Weber, 2021, p. 85)

Lo que resulta importante para el contexto que analizamos es que, según Weber, un Estado fuerte¹ es aquel que no necesita emplear la fuerza. Le basta con la amenaza de su empleo. En el momento en que el Estado se ve obligado a ejercer la violencia, se debilita, porque debe cumplir con la amenaza. La disuasión ya no basta para mantener el control. El monopolio estatal del uso de la violencia era, según Weber, el resultado de procesos graduales de racionalización en Occidente y, por lo tanto, se consideraba característico de las sociedades modernas, mientras que el comportamiento violento descontrolado e irracional distinguía en sus términos a las sociedades premodernas. La violencia no estatal, entendida como uso ilegítimo y privado de la fuerza, quedaba así excluida de la modernidad, tanto espacial como temporalmente (quedaba anclada en su pasado). Esto trajo graves consecuencias teóricas: el tema de la violencia no se incorporó al análisis de la modernidad hasta finales del siglo XX, después de que dos guerras mundiales sancionadas por el Estado dentro de Europa indujeran la noción del “siglo fallido” de un proceso de pacificación que, por lo demás, era considerado unidireccional. Este enfoque en los acontecimientos exclusivamente internos de Europa postula que tanto la modernidad como su Otro son comprensibles en términos de una causalidad endógena; por lo tanto, conlleva un desprecio sistemático por la violencia que los Estados europeos modernos habían desatado en sus colonias y en otros entornos no europeos, al mismo tiempo que las sociedades nacionales de los primeros se pacificaban gradualmente. La interconexión entre el monopolio de la violencia legítima dentro del territorio nacional por parte de los Estados soberanos occidentales (que hizo posibles las “oportunidades pacíficas de adquisición”) y la legitimación paralela de la violencia política por parte de esos mismos Estados en las colonias europeas (en nombre de la organización muy racional, característica del capitalismo moderno) brilla por su ausencia en el relato de Weber. Por lo tanto, disoció claramente el capitalismo occidental de la empresa colonial y, en última instancia, el surgimiento de la modernidad de la historia del colonialismo (Boatcă, 2016, pp. 15-16).

¹ En esta noción se basan muchas teorías problemáticas que van a considerar “Estados débiles” a los que están fuera del Occidente.

Dejando por un momento de lado el contexto global mencionado, cabe recordar aquí los cuatro aspectos claves que acompañan la idea weberiana de la amenaza del uso de la fuerza. El primero de ellos es la monopolización legítima: para Weber el Estado es la única entidad autorizada para utilizar la fuerza o amenazar con su uso (a través de la policía o el ejército), y esto, cuando es aceptado por la población, hace que la amenaza sea legítima. Segundo, el recurso “definitivo”: aunque el Estado rara vez emplea la fuerza en el día a día, la existencia de esa amenaza es lo que garantiza el cumplimiento de las leyes y las órdenes. Tercero, el control territorial: la amenaza estatal se limita a un territorio específico, donde actúa como el garante último del orden. Y, por último, su relación con el poder: Weber define a este último como la capacidad de llevar a cabo la propia voluntad a pesar de las resistencias que se pueden presentar; la amenaza del empleo de la fuerza es el instrumento principal utilizado para garantizar dicho cumplimiento.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver lo anterior con el momento histórico actual y el Corolario Trump a la Doctrina Monroe? A mi entender, la Estrategia Nacional de Seguridad es una señal reveladora de la pérdida del monopolio legítimo de la violencia. Si en tiempos anteriores no nos parecía que Estados Unidos estaba en declive, el Corolario Trump es casi una confesión de que efectivamente sí lo está. En dicho documento, en el capítulo “Reparto y transferencia de cargas (*Burden-Sharing and Burden-Shifting*)” se afirma que:

los días en que Estados Unidos sostenía todo el orden mundial como Atlas han terminado. Entre nuestros numerosos aliados y socios contamos con docenas de naciones ricas y sofisticadas que deben asumir la responsabilidad principal de sus regiones y contribuir mucho más a nuestra defensa colectiva. (The White House, 2025, p. 21)

La idea de la equivalencia entre Estados Unidos y el personaje de Atlas, que sostenía el mundo entero, y de la necesidad de renunciar a la pretensión de controlar el planeta es reveladora. El hecho de que este exhegemon reconozca, a partir del argumento de la distribución de responsabilidades, que ya no tiene el monopolio del uso de la violencia en el territorio que pretende controlar –la noción de control hemisférico– y que es el momento de ejercer la fuerza abiertamente, es una confesión de su declive.

Por supuesto que el ejercicio de la fuerza por parte de Estados Unidos no es algo nuevo. Un gran número de países ya han sido bombardeados por las administraciones de Bush, Obama, Biden y Trump –varios de aquellos por los cuatro, como ha sido graficado en algunos mapas publicados en el contexto de la invasión estadounidense en Venezuela (ver abajo, Gráfico 1). En este último contexto, más que la novedad en el uso de la fuerza militar, lo que sucedió es que la prensa usó la palabra “osadía” [*brazenness*] de los ataques (Chotiner, 2026), visibilizando la violencia en su ilegitimidad y hasta ilegalidad (ver la falta de aprobación por parte de la ONU o el Congreso de EE. UU.). De este modo, sostengo que no estamos ingresando en una nueva fase o en una crisis, sino que estamos observando la continuidad de un declive que está acentuando la crisis estructural en curso del sistema-mundo (Rodríguez, 2026).

Gráfico 1. La intervención de Estados Unidos en los cambios de régimen en América Latina



Fuente: Wikipedia (2026).

Traducción: azul, EE. UU.; verde, intervención estadounidense en los golpes de Estado; rojo, invasión estadounidense; amarillo, actualmente bajo ataque de EE. UU.

Bibliografía

Boatcă, Manuela (2016). *Global Inequalities Beyond Occidentalism*. Londres: Routledge.

Chotiner, Isaac (3 de enero de 2026). The Brazen Illegality of Trump's Venezuela Operation. *The New Yorker*. <https://www.newyorker.com/news/q-and-a/the-brazen-illegality-of-trumps-venezuela-operation>

Lobo, Francisco (10 de diciembre de 2025). The Trump Corollary to the Monroe Doctrine: Crisis or Opportunity? *RUSI*. <https://www.rusi.org/explore-our-research/publications/commentary/trump-corollary-monroe-doctrine-crisis-or-opportunity>

Monroe Doctrine. (1823). *National Archives*. <https://www.archives.gov/milestone-documents/monroe-doctrine>

Rodríguez, Fabricio (2026). Energía, Imperialismo y jerarquías globales en disputa. Agresiones estadounidenses desde Venezuela a Groenlandia. *BMFTR-Network Postcolonial Hierarchies in Peace and Conflict, Policy Paper* N° 4. <https://doi.org/10.5281/zenodo.18528497>

The White House (2025). National Security Strategy of the United States of America. *The White House*. <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf>

Wallerstein, Immanuel (2003a). U. S. Weakness and the Struggle for Hegemony. *Monthly Review*, 55(3), 23-29.

Wallerstein, Immanuel (2003b). *The Decline of American Power: The U. S. in a Chaotic World*. Nueva York: The New Press.

Wallerstein, Immanuel (6 de noviembre de 2013). The Decline of U. S. Hegemony and the Next Global Power Struggle. Toward Freedom. <https://towardfreedom.org/story/archives/globalism/the-decline-of-us-hegemony-and-the-next-global-power-struggle/>

Weber, Max (2021). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

Wikipedia (2026). United States involvement in regime change in Latin America. Wikipedia. https://en.wikipedia.org/wiki/United_States_involvement_in_regime_change_in_Latin_America#/media/File:US-involvement-regime-change-Lat-Am.png

“Toda una civilización morirá esta noche, para no volver jamás”: el regreso del colonialismo

Gurminder K. Bhambra

Mientras escribo este texto, el presidente de Estados Unidos publica en sus redes sociales: “Toda una civilización morirá esta noche, para no volver jamás”. Pakistán, al menos temporalmente, ha mediado un alto el fuego que ha evitado otro genocidio. El día anterior a este suceso, el vicepresidente de Estados Unidos declaró que el país aún no había utilizado todos los recursos militares a su disposición, incluidas las armas nucleares. En este breve artículo situaré los acontecimientos mencionados dentro de una sociología histórica más amplia del colonialismo y del imperio.

I

Los viajes de Cristóbal Colón en el siglo XV, que llevaron a los europeos a conocer la existencia de un continente nuevo para ellos, suelen considerarse el inicio del mundo moderno. Este mundo estuvo marcado por la subyugación y la eliminación de las poblaciones indígenas, así como por la extracción y la apropiación de sus recursos y tierras (Dunbar-Ortiz, 2014; Lewis y Maslin, 2015). Si, como escribió John Locke a finales del siglo XVII, “en el principio todo el mundo era América”, entonces queda claro que el nuevo mundo no era simplemente moderno, sino que estaba basado en el colonialismo. La incorporación de las tierras de otros bajo el dominio de las potencias europeas implicó el asentamiento, la extracción, la apropiación y la transferencia de poblaciones. Y tales movimientos incluyeron una emigración significativa de poblaciones de la propia Europa, así como el traslado de otras poblaciones mediante procesos de esclavitud y servidumbre por contrato (Bhambra y Holmwood, 2021). El mundo moderno se produjo y reprodujo durante cuatro siglos bajo los Imperios europeos de ultramar, siendo su consolidación incuestionada hasta bien entrado el siglo XX.

El final de la Primera Guerra Mundial vio el desmantelamiento de Imperios de larga data dentro de Europa –en particular, los Imperios austrohúngaro y otomano–, lo cual implicó la creación de nuevas naciones. Las colonias de ultramar de Alemania fueron, en cambio, distribuidas entre las potencias aliadas, y el dominio europeo mediante el sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones se extendió asimismo a Palestina y Siria, antiguos territorios árabes del Imperio otomano. Los principios de autodeterminación nacional que orientaron el Tratado de Versalles en relación con el desmantelamiento de los Imperios territoriales europeos, no se consideraron aplicables a las poblaciones colonizadas fuera de Europa.

Sin embargo, en un plazo de 25 años, una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, la configuración colonial del mundo comenzó a transformarse profundamente. Los movimientos de descolonización en los Imperios europeos de ultramar dieron lugar a un nuevo mundo de Estados naciones poscoloniales, contribuyendo al desarrollo de un orden internacional basado en instituciones multilaterales. En este período se celebró la Conferencia de Bandung –que reunió a países recién independizados de Asia y África– y surgió el Movimiento de Países No Alineados. También fue el tiempo histórico de la llamada Guerra Fría, que solo podía considerarse “fría” en la medida en que las historias y las geografías de Asia quedaran excluidas del análisis.

Fue durante este período que el sociólogo estadounidense Charles Wright Mills publicó su libro *Las Causas de la Tercera Guerra Mundial* [*The Causes of World War Three*]. Se trata de un texto en buena medida ignorado, escrito en pleno proceso de expansión de los complejos militar-industriales de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Para Wright Mills, otra guerra se avecinaba y la explicación de su futuro estallido asumía una forma determinista: “la causa inmediata de la Tercera Guerra Mundial es la preparación militar de la misma” (Wright Mills, 1959, p. 60; ver Bhambra y Holmwood, 2026). Aunque la amenaza específica que Wright Mills detectaba a mediados del siglo pasado parecía haber desaparecido con la implosión de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, hoy nos enfrentamos a un contexto global aún más peligroso. La invasión rusa de Ucrania, la guerra de Israel en Gaza y Líbano, y los ataques conjuntos de Estados Unidos e Israel contra Irán están poniendo al mundo al borde de una guerra mundial. Una vez más, esta contienda planetaria parece posible debido a la preparación militar para librar la guerra.

Si bien la eficacia demostrada por instituciones como las Naciones Unidas para minimizar la agresión de las grandes potencias siempre fue limitada, dichas organizaciones y el orden internacional basado en reglas que representan ahora están siendo atacados directamente. Esto resulta evidente no solo a partir de las recientes conflagraciones militares, sino también con la creación de entidades como el “Board of Peace” de Donald Trump, diseñado para usurpar la autoridad de la ONU. Si el orden mundial multilateral surgió de un período de descolonización, la reafirmación de la hegemonía global y regional apunta a una reactivación de las concepciones y prácticas coloniales.

II

Las guerras lideradas por Estados Unidos en Medio Oriente no han sido inusuales. Hemos sido testigos de la Guerra del Golfo en la década de 1990, de la Guerra en Afganistán en 2001 y de la Guerra de Irak, seguidas de las intervenciones militares en Siria y Yemen, entre otros casos. Ahora bien, el reciente ataque aéreo contra Irán parece ser de otro orden, no tanto por la fuerza asimétrica a favor de Estados Unidos, sino más bien por la justificación del ataque. Esta última contienda no se presenta como una defensa preventiva –la preocupación expresada sobre las capacidades nucleares de Irán resulta incluso menos plausible que los argumentos previamente esgrimidos para neutralizar las “armas de destrucción masiva” de Irak–; ni tampoco se plantea en términos de una mejora civilizatoria, como la idea de salvar a las mujeres afganas de los hombres afganos, que prevaleció en los primeros años de este siglo. Donald Trump directamente propone una empresa de destrucción civilizatoria, y el retorno de Irán y su población a la Edad de Piedra.

El gobierno de Estados Unidos ofrece una justificación colonial explícita para las acciones emprendidas. Este relato renovado fue expuesto con nitidez en un discurso pronunciado por Marco Rubio, el secretario de Estado de EE. UU, en la Conferencia de Seguridad de Múnich celebrada el 14 de febrero de 2026 (U. S. Department of State, 2026). El discurso en cuestión tuvo lugar después de que el presidente Trump autorizara ataques militares contra Venezuela, con el inmediato secuestro de su presidente, Nicolás Maduro, y de la esposa de este último, Cilia Flores. También ocurrió tras la declaración de Trump de pretender adquirir Groenlandia, un territorio autónomo de Dinamarca y aliado de la OTAN (causando gran preocupación en Europa). Apenas unas semanas después del discurso de Rubio, Estados Unidos e Israel lanzaron sus devastadores ataques contra Irán, involucrando a los Estados del Golfo, e incluyendo además en la misma embestida una invasión terrestre del Líbano por parte de Israel. A ello se le agrega la continuidad de los ataques de Israel sobre Gaza y Cisjordania.

La actividad del presidente estadounidense en las redes sociales expresa un flagrante desprecio por el derecho internacional y una completa falta de preocupación por la posibilidad de cometer crímenes de guerra. Sin embargo, aquí me enfocaré en el discurso que Rubio ofreció en Múnich ante jefes de Estado, líderes militares, actores empresariales y miembros de la sociedad civil. La Conferencia de Seguridad se presenta como el principal foro mundial para debatir la política internacional de seguridad, y para promover iniciativas diplomáticas destinadas a abordar los problemas de seguridad más urgentes del mundo. En la práctica, se trata de un espacio destinado a la justificación más amplia de las acciones de Estados Unidos en el mundo, así como de la respuesta de Europa a ellas.

En su discurso ante la Conferencia, Rubio destacó cómo “durante cinco siglos, antes del final de la Segunda Guerra Mundial, Occidente había estado en expansión, con sus misioneros, peregrinos, soldados y exploradores arrojados a cruzar océanos, asentarse en nuevos continentes y construir vastos Imperios por el mundo” (Rubio, 2026). Pero el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, lamenta Rubio, ha sido de declive. Europa quedó en ruinas como consecuencia de la pérdida de sus Imperios de ultramar, de la revolución comunista y de sus gastos en el Estado de bienestar. Lo que se necesita, afirmó el secretario de Estado, es una alianza que “restaure un lugar en el mundo” para Europa y América [*sic*], y que, al conseguir hacerlo, “reprenda y disuada a las fuerzas del barrido civilizatorio” que hoy amenazan a ambas regiones (Rubio, 2026). Al parecer el discurso de Rubio fue recibido como “un suspiro de alivio” por parte de los líderes y dignatarios europeos presentes, y fue reconocido por el anfitrión, Wolfgang Ischinger, como un “mensaje de tranquilidad” para los históricos lazos de asociación entre Estados Unidos y Europa. El giro de Estados Unidos, alejándose de su intención de adquirir Groenlandia, aunque pudiera ser temporal, fue suficiente para que los líderes reunidos respiraran con mayor sosiego.

La aparente sensación de alivio que acabo de mencionar ocurría mientras el discurso de Rubio ofrecía una evaluación positiva de las historias coloniales, que situaban a Europa y Estados Unidos dentro de un mismo marco de actuación civilizatoria. Tampoco el clima del evento se perturbó cuando Rubio instó directamente a los líderes de Europa a unirse a Estados Unidos en la reactivación del colonialismo como base de un nuevo orden mundial. Mientras los países europeos se han mostrado reacios a sumarse a la guerra iniciada por Estados Unidos e Israel contra Irán, también han sido cautelosos de no distanciarse del presidente estadounidense. Con las excepciones del presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, y del primer ministro irlandés, Micheál Martin, los máximos líderes europeos han sostenido la cooperación con Estados Unidos para lo que describen como operaciones defensivas, si no ofensivas, contra Irán. Ante el aumento de los ataques contra infraestructuras civiles iraníes, el primer ministro del Reino Unido se negó a descartar que Estados Unidos pueda utilizar bases británicas para concretar dichas agresiones.

III

Lo que estamos presenciando en 2026 no es, estrictamente, una ruptura del orden internacional basado en reglas, sino una expresión más nítida de cómo ese orden ha sido, en su mayor parte, construido, y sin duda vivido por gran parte del mundo. La Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, terminó dos veces. La primera con la “victoria en Europa” en mayo de 1945 y la segunda con la “victoria sobre Japón” en agosto de ese mismo año. La resonancia de las distintas preposiciones, *en* y *sobre*, se extiende a lo largo de las décadas. Lo que precipitó la segunda victoria fue la detonación de las dos bombas atómicas arrojadas por EE. UU. sobre Hiroshima y Nagasaki, que mataron un cuarto de millón de personas –más del 90 % de ellas civiles– y dejaron a muchos cientos de miles más mutiladas y gravemente heridas. Esto ocurrió apenas dos meses después de la firma del documento fundacional de las Naciones Unidas, su Carta, que afirmaba la fe en los derechos humanos fundamentales y en la dignidad y el valor de la persona humana.

Las bombas atómicas se lanzaron en Asia después de que ya se habían firmado acuerdos internacionales sobre derechos humanos, y no precisamente antes de que tales conceptos hubieran sido siquiera considerados. Mientras escribo este texto, el presidente de EE. UU. publica en sus redes sociales: “Una civilización entera morirá esta noche, para no volver jamás a existir” (Trump, 2026). A la luz de semejante retórica genocida, Europa, en su mayor parte, mira hacia otro lado. Tras conocerse el alto el fuego negociado por Pakistán, la principal preocupación expresada por los líderes europeos fue la rápida reapertura del estrecho de Ormuz para hacer frente a la crisis energética global y sus implicaciones internas para el continente. Solo Pedro Sánchez respondió de forma crítica, diciendo que su gobierno “no aplaudiría a quienes prenden fuego al mundo solo porque llegan con un cubo de agua” (Rankin, 2026). A comienzos de abril, justo antes del alto el fuego, la ministra de Asuntos Exteriores británica, Yvette Cooper, presidió una reunión con socios internacionales para abordar la necesidad de garantizar la libertad de navegación y forzar la reapertura del estrecho de Ormuz. En la declaración emitida tras la reunión, la razón principal esgrimida para actuar en Medio Oriente fue la siguiente: “Irán está tratando de secuestrar la economía global en el estrecho de Ormuz. No deben triunfar” (GOV.UK, 2026).

En tal declaración pública no hubo mención alguna a los motivos que podrían haber empujado a Irán a tomar la decisión de controlar el Estrecho. Tampoco se comentó el bombardeo de una escuela primaria en Minab el primer día de la guerra, que dejó 168 estudiantes y profesores muertos. Ni un solo comentario se deslizó sobre los ataques de Estados Unidos e Israel contra la infraestructura civil en Irán y Líbano, incluidos puentes, universidades y centros médicos. Tampoco dedicaron una sola palabra a comentar sobre la legalidad o la ilegalidad de la guerra. El silencio que envuelve al Reino Unido se repite en gran medida en la Unión Europea. El colonialismo está de regreso.

IV

Mientras no comprendamos las historias coloniales incrustadas en el “orden internacional”, no entenderemos adecuadamente lo que estamos presenciando hoy.

Bibliografía

Bhabra, Gurinder K. y Holmwood, John (2021). *Colonialism and Modern Social Theory*. Londres: Polity.

Bhabra, Gurinder K. y Holmwood, John (2026) Colonialism, Empire and European Sociology. En Stephan Moebius, Andrea Ploder y Nicole Holzhauser (Eds.), *Routledge International Handbook of the Histories of Sociology*. Londres: Routledge. [En prensa].

Dunbar-Ortiz, Roxanne (2014). *An Indigenous Peoples' History of the United States*. Boston: Beacon Press.

GOV.UK (2 de abril de 2026). Chair's statement on the meeting on the Strait of Hormuz. GOV.UK. <https://www.gov.uk/government/news/chairs-statement-on-the-meeting-on-the-strait-of-hormuz>

Lewis, Simon L. y Maslin, Mark A. (2015). Perspective: Defining the Anthropocene. *Nature*, (519), 171-180.

Rankin, Jennifer (8 de abril de 2026). 'A step back from the brink': European leaders welcome US-Iran ceasefire, *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/world/2026/apr/08/european-leaders-welcome-us-iran-ceasefire>

Rubio, Marco (2026). Secretary of State Marco Rubio at the Munich Security Conference. [Discurso pronunciado en la Munich Security Conference 2026, Múnich, Alemania, 14 de febrero de 2026]. *U. S. Department of State*. https://www.state.gov/releases/office-of-the-spokesperson/2026/02/secretary-of-state-marco-rubio-at-the-munich-security-conference?utm_source=chatgpt.com

Trump, Donald (7 de abril de 2026). "Tonight an entire civilization will die, never to return. I don't want that to happen, but it probably will" [Posteo]. *Truth Social*.

U. S. Department of State (2026). Secretary of State Marco Rubio at the Munich Security Conference, February 14, 2026, Munich, Germany. *U. S. Department of State*. <https://www.state.gov/releases/office-of-the-spokesperson/2026/02/secretary-of-state-marco-rubio-at-the-munich-security-conference/>

Wright Mills, Charles (1959). *The Causes of World War Three*. Londres: Secker and Warburg.

Resignificar palabras ante un imperio en decadencia

Marga Ferré

En España, en Europa y en Occidente, signifique eso lo que signifique, llevamos años, prácticamente dos décadas, siendo empapados por una lluvia permanente de narrativa antivenezolana y anticubana. Una lluvia sostenida contra Venezuela y Cuba que allana el camino del silencio ante su agresión. Llevan años de deslegitimación preventiva, una lluvia fina que no es ni inocente ni arbitraria, sino que cumple la función precisa de allanar el camino que garantice el silencio, el mirar para otro lado, el aceptar la intervención violenta en países cuyos recursos naturales consideran suyos. Lo que quiero decir es que, esa deslegitimación preventiva, constante y silenciadora, tiene como fin último convertir el expolio en legítimo.

Esta constatación es la que me lleva, en este puñado de ideas que les escribo, a intentar un análisis que vaya más allá de la denuncia moral sobre las violencias que la administración Trump está ejerciendo. Me parece importante, no porque esta denuncia moral no sea necesaria, sino por insuficiente. La queja moral no basta para entender (y contraponer) el fenómeno y porque definiendo que la solidaridad con Cuba o Venezuela, en este momento, ha de ir más allá de la empatía.

Declarar, por tanto, una absoluta solidaridad con el pueblo venezolano y cubano, como quien escribe hace, debería ir más allá del solo el hecho de apoyar a las víctimas de una agresión, sino que esta declaración de solidaridad, en el campo analítico (ese que precede siempre a la acción), a mi juicio, ha de conectar la línea de puntos que hace que no elevar la voz ante las violaciones y narrativas de la extrema derecha norteamericana en esos dos países, nos pasará factura a este lado del Atlántico y en el resto de América.

La primera tarea política es lingüística

Para comprender cualquier fenómeno la primera tarea política es, paradójicamente, lingüística, puesto que no se puede combatir aquello que no se nombra con precisión. Existe una tentación recurrente en los análisis, incluso en algunos análisis progresistas (y con buena intención) de nombrar los fenómenos con términos suavizados para no parecer sectarios, para mantener una audiencia más amplia, para no asustar. Es una tentación comprensible, pero, para entender la realidad, resulta contraproducente. Las palabras son brújulas y cuando las palabras fallan –y así ocurre cuando se eufemizan o se vuelven imprecisas–, la acción política también lo hace.

Creo que, con Donald Trump y lo que él corporeiza hacia América Latina, debemos cambiar las palabras. O, como mínimo, resignificarlas.

El politólogo Matías Saidel lo ha formulado con claridad: ante lo que tenemos enfrente, “no alcanza con hablar de un populismo de derecha. En ese marco, no hablar de *neofascismo* sería una especie de eufemismo que impide la movilización política”. El uso del término “neofascistas” me parece acertado, no porque el profesor Saidel o yo queramos caracterizarlos así, es que ellos mismos lo están haciendo y déjenme que lo ejemplifique.

En el discurso que el secretario de Guerra de EE. UU., Pete Hegseth, dio tras el ataque a Venezuela, caracterizó a Donald Trump como el “Líder Supremo”, es decir, alguien cuya palabra es ley, una gramática que evoca, sin demasiado disimulo, la semántica del *Führerprinzip*. Hablar de América Latina como “Nuestro Hemisferio” a mí me resuena al *Lebensraum* –el espacio vital alemán– y me atrevo a decir que esta resonancia no es accidental. Retornan, como un eco, de un vocabulario que el siglo XX había enterrado, o debería haber enterrado.

Pero si la categoría “neofascismo” se me hace necesaria, de la misma forma la categoría “*imperialismo*” me aparece como igualmente indispensable para nombrar su lógica de acumulación y expansión actual. Me refiero a hablar de imperialismo no como epíteto moral ni como consigna ritual, sino como categoría analítica, como la forma específica que adopta el capitalismo en una determinada fase de acumulación, por lo que me parece bueno recordar, traer al frontispicio nuevamente, que el imperialismo es una fase histórica del capitalismo en la que la concentración monopolística del capital alcanza tal magnitud que desborda las fronteras nacionales y exige la subordinación política, militar y cultural de otras sociedades.

Yo sé que hablar de imperialismo suena a algo muy de izquierdas, e incluso anacrónico en ciertos contextos académicos, pero les aseguro que no lo es. Ellos lo hacen constantemente. Walden Bello, analizando la extrema derecha estadounidense, lo sintetiza con precisión: “Se trata de reconstruir lo que Trump y sus seguidores consideran el núcleo dañado del imperio”.

A estas dos categorías –neofascismo e imperialismo– sugiero que se añada una tercera palabra a renombrar, deliberadamente evitada por la corrección política del discurso dominante: la de *colonia*. América Latina no es, en términos convencionales, una colonia de Estados Unidos. Lo es, sin embargo, en el sentido analítico que me interesa recuperar: un territorio cuya función estructural en el orden imperial es ser el proveedor de materias primas, trabajo barato y mercados cautivos. La palabra no es una metáfora, es una categoría que permite ver con mayor claridad lo que la indignación moral, por legítima que sea, no alcanza a descifrar por completo, para así poder entender el porqué de las cosas.

Y es en ese porqué de las cosas donde quisiera poner el foco, en la relación entre imperialismo y concentración de capital, es decir, en cómo el capital se concentra en empresas tan grandes que, de *facto*, actúan como monopolios y cómo estas, y su relación con el capital financiero, son las que dan forma al imperialismo y a su necesidad de colonias.

Antón Costas, catedrático de la Universidad de Barcelona, lo ha señalado con precisión:

Un siglo más tarde, el capitalismo ha vuelto a adquirir uno de los rasgos que le caracterizaron a finales del siglo XIX y principios del XX: una elevada concentración empresarial en la mayoría de los sectores tradicionales de la vieja economía, así como la creación de monopolios en actividades de la nueva economía relacionadas con las tecnologías de internet.

Este diagnóstico no es polémico, es verificable. Un puñado de empresas –Google, Apple, Microsoft, Amazon, Meta, Nvidia– concentra una fracción de la capitalización bursátil mundial sin precedentes históricos. Su poder no es solo económico, es regulatorio y geopolítico. La política exterior de la administración Trump no puede entenderse al margen de estos intereses, como pudimos comprobar con la exigencia de que Europa compre productos tecnológicos estadounidenses, la advertencia explícita de que Europa “ni sueñe con tener su propia inteligencia artificial”, o la presión para que España y otros países de la OTAN compren armamento estadounidense. Todas estas órdenes, que extraigo de declaraciones de Trump o de su vicepresidente, J. D. Vance, cobran pleno sentido cuando se leen como política de protección de monopolios, no como mera bravuconería. La agresividad imperial no es una expresión de su fuerza, sino una expresión de su *debilidad*.

La Cámara de Comercio de Shanghái, en su informe de 2024, constata que “el modelo de operar en Asia con altos márgenes se ha erosionado estructuralmente”. Incapaz de competir en costes laborales con el Sudeste Asiático, Estados Unidos ensaya en la región americana una estrategia: eliminar competidores, imponer sus monopolios y prohibir taxativamente cualquier desarrollo endógeno o colaboración tecnológica con China.

Trump no es una anomalía: es la reacción de un imperio en declive

Heriberto Caro, rector de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Carlos III, ha planteado con precisión la pregunta que estructura el debate académico: ¿Trump es una anomalía del sistema o la manifestación de un nuevo orden? La respuesta me parece inequívoca: Trump no es una anomalía. La agresividad de Washington no es indiscriminada: es selectiva. Me refiero a que toma formas distintas según el país y el contexto –presión militar e ideológica hacia Venezuela, asfixia económica hacia Cuba, negociación pragmática hacia México– pero esa variación táctica no altera la unidad estratégica del proyecto.

Este proyecto, la Doctrina Trump en América Latina, descansa, a mi juicio, sobre tres pilares: en primer lugar, asegurar una salida privilegiada y monopolista a los productos y las tecnologías estadounidenses; en segundo lugar, garantizar el acceso a trabajo barato; y, en tercer lugar, el expolio de recursos naturales. Para entender este proyecto, creo que necesitamos recuperar una categoría de análisis que vaya más allá del tradicional patio trasero y recuperar la idea de la *colonialidad*. América Latina cumple, dentro de esta Doctrina, las funciones que la teoría clásica atribuyó a las colonias formales del siglo XIX: es fuente de materias primas, mercado de bienes manufacturados y servicios, y reserva de trabajo barato.

Empieza a ser un lugar común entender que la agresividad de Trump es una reacción ante el declive hegemónico de Estados Unidos en este siglo XXI. Es más que una hipótesis, está avalada por datos. El PIB conjunto de los países BRICS ha superado ya al del G7; el crecimiento económico del Sur Global triplica al de las viejas potencias industriales, el comercio Sur-Sur, que era marginal hace tres décadas, representa hoy una fracción creciente del intercambio global. El eje de la economía mundial se desplaza hacia otras latitudes, y por eso la guerra arancelaria de Trump, más que una política comercial, es una respuesta geopolítica al avance tecnológico y económico chino y, más ampliamente, a la erosión de la ventaja comparativa estadounidense en los sectores de alta tecnología.

Un mundo que se imagine sin imperios

El análisis del presente no puede concluir sin una mirada al horizonte, por provisional e incierto que sea. Fuera de la Europa Fortaleza desde la que escribo, soy consciente de que hay un mundo que desafía el orden imperial: un Asia que los deconstruye económicamente, un África que negocia sus términos de inserción con creciente asertividad, y millones de personas en todo el Sur Global que empiezan a plantear, como realidad factible y no solo como aspiración, que el mundo puede y debe ser multipolar, cooperativo y pacífico. Un mundo sin Imperios.

Sirvan estas palabras, tomando prestada la exhortación de Göran Therborn, para llamar a redoblar los esfuerzos de solidaridad con Cuba y Venezuela “con el coraje moral y político” que el momento exige. No porque seamos ingenuos sobre las dificultades, sino porque sabemos, bajo la luz que nos da el análisis, que cuando el imperialismo habla de derechos, se equivoca de palabra. Y que cambiar las palabras es, siempre, el primer paso para cambiar el mundo.

El “Corolario Trump” a la Doctrina Monroe

Sandro Mezzadra

Donald Trump parece tener una verdadera pasión por el momento imperialista de la historia de Estados Unidos. En su discurso de investidura citó a William McKinley, defensor de los aranceles y presidente que condujo al país a la guerra hispano-estadounidense. Con aquella contienda, Estados Unidos estableció un protectorado de *facto* sobre Cuba, adquiriendo el control de Puerto Rico, Guam y las Filipinas (mientras que en 1898, el año en que comenzó la guerra, McKinley firmó el acta de anexión de Hawái). Ahora, en la “National Security Strategy” de su segunda administración, Donald Trump añade un nuevo “Corolario” a la Doctrina Monroe de 1823, remitiéndose implícitamente a Theodore Roosevelt, cuyo Corolario de 1904 había consagrado el giro intervencionista de esa misma Doctrina.

El debate sobre el documento estratégico de la administración Trump se ha concentrado comprensiblemente, en nuestras latitudes, en las partes relativas a Europa. Y, de todos modos, conviene recordar que estos documentos deben leerse con la cautela necesaria: se trata fundamentalmente de manifiestos, en los que la retórica suele prevalecer sobre el proclamado “realismo”. En este caso, además, la espera más larga de lo previsto y los rumores sobre la existencia de varias versiones del documento llevaron a muchos observadores a insistir en supuestas divergencias dentro del gobierno norteamericano. Dicho esto, la Estrategia de Seguridad Nacional publicada a finales de noviembre sigue siendo un texto instructivo para cualquiera que quiera comprender la dirección y los objetivos de la política internacional de la segunda presidencia de Trump. Y la parte dedicada al “hemisferio occidental” resulta, en este sentido, particularmente interesante.

Entre esos espacios figura, sin duda, el “hemisferio occidental”, y el “Corolario Trump” a la Doctrina Monroe se propone inaugurar una nueva etapa de protagonismo estadounidense en el Caribe y en América Latina. El despliegue naval frente a las costas de Venezuela, los asesinatos extrajudiciales justificados en nombre de la guerra contra las drogas, las presiones sobre el gobierno colombiano del presidente Gustavo Petro, las intervenciones en favor de Jair Bolsonaro en Brasil y, sobre todo, el decisivo respaldo a Javier Milei en Argentina anticipan los rasgos fundamentales de este nuevo protagonismo. Si a comienzos de siglo la implicación militar de Estados Unidos en Afganistán e Irak había abierto, de algún modo, los espacios en los que –impulsados por poderosos movimientos sociales– surgieron los “nuevos gobiernos progresistas” de la región, hoy el alineamiento con la administración Trump se presenta como el criterio fundamental en torno al cual se han de reorganizar los equilibrios políticos latinoamericanos.

Una reorganización de la presencia militar estadounidense en el “hemisferio occidental” aparece expresamente señalada en el documento como un objetivo a perseguir. Sin embargo, el “Corolario Trump” a la Doctrina Monroe se formula en términos más generales, según la lógica de “reclutar y expandir” [*Enlist and Expand*] una red de socios confiables. “Estabilidad y seguridad” avanzan de la mano en la estrategia de Trump, con la apertura de nuevos terrenos para la cooperación comercial y, más ampliamente, económica, con el objetivo prioritario de “fortalecer las cadenas de suministro críticas” vinculadas a la industria extractiva.

El énfasis en el control de las fronteras, en la lucha contra la migración y el narcotráfico, basta para perfilar un ideal de reorganización del “hemisferio occidental” según la lógica, en última instancia militar, del bloque, con la proliferación de regímenes de guerra destinados a proteger los “negocios”. La perspectiva de una profundización y una nueva expansión del extractivismo contribuye, además, a presentar como necesaria –según la Doctrina Trump– una deriva autoritaria orientada a clausurar los espacios de expre-

sión de los movimientos sociales e imponer nuevas formas de disciplinamiento violento sobre las formas de vida insumisas que, en los últimos años, han dado cuerpo a las luchas transfeministas, indígenas y ambientales a escala regional. El arraigo de estos movimientos, de estas luchas y de estas formas de vida en las sociedades latinoamericanas constituye el primer límite que se interpone a los objetivos de la administración estadounidense.

La importancia atribuida en la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos al “hemisferio occidental”, por otra parte, no aparece en absoluto desligada del marco más general de la competencia con China. Por el contrario, el documento insiste en que “competidores extrahemisféricos han realizado avances significativos en nuestro hemisferio”, y considera la ausencia de una “reacción seria” como otro de los “grandes errores estratégicos estadounidenses de las últimas décadas”. La referencia a China, aunque no se la mencione explícitamente en esta sección del documento, resulta transparente y se vuelve aún más evidente cuando se afirma que Estados Unidos debería “hacer todo esfuerzo posible para desplazar a las empresas extranjeras que construyen infraestructuras en la región”.

El gran crecimiento de la presencia china en América Latina se ha producido, de hecho, principalmente a través de la construcción de grandes infraestructuras estratégicas –ferrocarriles, carreteras y redes energéticas–, de las cuales el megapuerto de Chancay en Perú, desarrollado y financiado por COSCO Shipping Ports, constituye un ejemplo paradigmático. Inaugurado el año pasado, el puerto de Chancay abre nuevas rutas para el comercio a través del Pacífico, reduciendo de manera significativa los tiempos de tránsito entre América Latina y Asia. También en relación con la presencia china, aunque de manera distinta a lo que ocurre con los movimientos y las luchas sociales, puede hablarse de un arraigo infraestructural y, más en general, de una espacialidad económica –capitalista– que no coincide con la espacialidad geopolítica. El documento estratégico de la segunda administración Trump reconoce que “la influencia extranjera será, en ciertos casos, difícil de revertir”, aunque atribuye esta situación a las afinidades políticas de algunos gobiernos latinoamericanos con los “actores extranjeros”. Sin embargo, como demuestra precisamente el caso del puerto de Chancay –Perú, salvo el breve paréntesis de la presidencia de Pedro Castillo, ha estado gobernado de manera constante por administraciones liberales y autoritarias–, esa no parece ser la lógica que guía las inversiones chinas.

He aquí, entonces, un segundo límite con el que tropieza la Doctrina Trump en el “hemisferio occidental”. ¿Puede ese límite ser superado? Resulta difícil, al menos en el corto plazo, que ello ocurra mediante la competencia económica. Surge entonces la pregunta de si la referencia inicial al momento imperialista de la historia estadounidense no sugiere que la guerra –en las formas múltiples, híbridas y no convencionales que adopta hoy– pueda ser considerada el instrumento capaz de forzar el alineamiento de América Latina con el bloque que Trump aspira a formar y dirigir. En este sentido, la imponente operación militar contra Venezuela adquiriría un significado de alcance general. El “presidente de la paz”, tal como lo define la propia Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense, estaría entonces sentando las bases de nuevas guerras –ciertamente no limitadas a América Latina–, para las cuales invoca una “movilización nacional” orientada a la modernización y el fortalecimiento de los sistemas de armamento, defensa y ataque. Huelga decir que esa movilización no podrá sino tener como protagonistas a grandes empresas y plataformas de infraestructura, cuyas tendencias a la formación de monopolios parecen materializar otro de los presupuestos clásicos de las teorías del imperialismo.

Vistas desde la perspectiva del “hemisferio occidental”, la guerra y el imperialismo se revelan como tendencias ya en marcha, aunque lejos de imponerse sin resistencia y destinadas, más bien, a chocar con límites poderosos; entre ellos, el hecho de que en los propios Estados Unidos existen intereses, sectores sociales y movimientos que se oponen a esa deriva. También para nosotros, en Europa, resulta fundamental comprender qué está verdaderamente en juego en la coyuntura actual, que la Doctrina Trump proyecta bajo una luz inquietante.

En el caso europeo, la estrategia que hemos descrito como construcción de un bloque parece desplegarse a través de la desarticulación de la Unión Europea, siguiendo una lógica de “reclutamiento y expansión” orientada a incorporar de manera subordinada a Estados individuales, mediante una deriva autoritaria y una creciente militarización que –aunque en un contexto diferente– guardan claras resonancias con lo señalado respecto de América Latina. Solo un rechazo masivo de esta perspectiva, en Europa y en el resto del mundo, podrá abrir caminos de salida frente a la pesadilla claustrofóbica de un mundo fragmentado en bloques, donde la lógica del capital y la lógica de la guerra aparecen cada vez más íntimamente entrelazadas.

El nuevo complejo del capital, Pax Silica, y el embrionario Estado fascista*

William I. Robinson

El ataque estadounidense-israelí a Irán ha encendido de nuevo al Medio Oriente, pero no es más que el último hito de una vertiginosa serie de convulsiones globales, que abarcan desde el conflicto geopolítico en Ucrania y Oriente Medio hasta las guerras civiles en Myanmar y Sudán, las disputas arancelarias, el ataque estadounidense a Venezuela, y el terrorismo del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas [Immigration and Customs Enforcement, ICE] en las ciudades estadounidenses, entre otros. Este tumulto global está impulsado por un catalizador sistémico común: las violentas estrategias expansivas de un nuevo complejo hegemónico del capital transnacional en respuesta a la crisis de época del capitalismo global.

El complejo hegemónico emergente del capital transnacional se encuentra en el centro de esta vorágine mundial, a medida que el capitalismo global entra en una nueva fase mortífera. Este bloque triangulado reúne a las gigantescas empresas tecnológicas, el capital financiero transnacional y el complejo militar-industrial-represivo. Las grandes tecnológicas controlan todo el ecosistema del capitalismo digitalizado, convirtiendo su enorme poder estructural en control político directo a través del Estado fascista. Para impulsar su agenda, el bloque ha recurrido al “trumpismo global”, uno de los diversos síntomas políticos morbosos que emergen a medida que se desmorona el orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Las grandes compañías tecnológicas [*Gran Tech*] han revolucionado la economía global desde principios de siglo, especialmente durante la última década con el auge del dominio de las plataformas y la introducción de la inteligencia artificial [IA]. Las nuevas tecnologías digitales y los multimillonarios que las controlan están impulsando una nueva ronda radical de reestructuración y transformación de la economía política global. Las principales corporaciones tecnológicas, la mayoría con sede en Estados Unidos y China, atraen a inversores de todo el mundo mientras absorben inmensos excedentes de capital. Las 20 principales empresas tecnológicas del mundo tenían una capitalización de mercado combinada que superaba los 20 billones de dólares en 2025, aproximadamente una quinta parte de la valoración total del mercado de valores mundial.

Las Gran Tech y los capitales industriales y comerciales transnacionales que las agrupan están, a su vez, entrelazados con los gigantescos conglomerados financieros globales que poseen más de la mitad de las principales empresas tecnológicas. En 2022, había 33 empresas de gestión de inversiones de capital valoradas en billones de dólares en todo el mundo, frente a tan solo 17 en 2017. Estos titanes del capital controlaban más de 83 billones de dólares en activos combinados, más de las cuatro quintas partes del valor de ese año del PIB mundial. Este totalitarismo económico está generando un totalitarismo político. Todas las instituciones económicas, sociales y políticas del mundo, incluidos gobiernos y ejércitos, dependen de las nuevas tecnologías digitales para funcionar y de las *Gran Tech* que las poseen o controlan, así como del conocimiento para desarrollarlas y aplicarlas.

* Traducido de Robinson, William I. (16 de marzo de 2026). The New Capital Complex: Pax Silica and the Embryonic Fascist State. *The Philosophical Salon*. <https://thephilosophicalsalon.com/the-new-capital-complex-pax-silica-and-the-embryonic-fascist-state/>

Silicon Valley y sus patrocinadores financieros están girando hacia las tecnologías digitales para la guerra y la represión, a medida que se fusionan con el complejo militar-industrial-represivo, completando así el eje de poder del capital, que a su vez se está alineando con Estados autoritarios, dictatoriales y fascistas. Los multimillonarios tecnológicos y financieros se están convirtiendo en actores geopolíticos globales. Ejercen su enorme poder estructural mediante el trumpismo global, desarrollando nuevas modalidades de control sobre la sociedad civil y buscando formas alternativas de legitimidad basadas en la inestabilidad y el caos que facilitan el control de países y recursos. Nada refleja mejor la militarización de las grandes tecnológicas y su fusión con el Estado fascista que el nombramiento surrealista en 2025 de los directores ejecutivos de las principales corporaciones tecnológicas estadounidenses como tenientes coroneles del ejército estadounidense, a pesar de ser civiles que nunca han servido en las fuerzas armadas.

El Departamento de Estado de EE. UU. se ha referido a la nueva dispensa global como Pax Silica. “Si el siglo XX funcionó con petróleo y acero, el siglo XXI funciona con la informática y los minerales que la alimentan”, declaró el subsecretario de Asuntos Económicos de EE. UU., Jacob Helberg. Pax Silica implica el desarrollo de “cadenas de suministro globales de IA” que impulsarán “oportunidades históricas y demanda de energía, minerales críticos, manufactura, *hardware* tecnológico, infraestructura y nuevos mercados aún no inventados”. En virtud de esta Pax Silica, el régimen de Trump ha emprendido una desregulación radical de la IA y las finanzas, a la vez que promueve una vasta expansión de los centros de datos. Ha utilizado órdenes ejecutivas para tomar la friolera de 646 medidas desreguladoras en el primer año de su segundo mandato. En el extranjero, ha seguido una estrategia de mercantilismo digital, inscribiendo en sus negociaciones arancelarias con otros países la demanda de la derogación de las leyes que regulan la IA, mientras las *Gran Tech* buscan su eliminación en al menos 64 países.

La crisis de época del capitalismo global

El telón de fondo de la vorágine global es la crisis histórica del capitalismo global. Estructuralmente, el sistema se enfrenta a una crisis de sobreacumulación, estancamiento crónico y un declive de la tasa de ganancia que ya dura décadas. En los años transcurridos desde el colapso financiero mundial de 2008, la tasa de ganancia ha seguido disminuyendo, al mismo tiempo que las corporaciones han registrado ganancias récord. Por un lado, un estudio de 2011 concluyó que “la tasa de rendimiento de los activos y la tasa de rendimiento del capital invertido son hoy menos de un tercio de lo que eran en 1965”. Por otro lado, en 2024, las reservas de efectivo de las empresas no bancarias con sede en Estados Unidos ascendían a 6,9 billones de dólares. En Estados Unidos, la Oficina de Análisis Económico informó que las ganancias corporativas alcanzaron un máximo histórico de 3,4 billones de dólares en el tercer trimestre de 2025, mientras que, a nivel mundial, las empresas más grandes que cotizan en bolsa proyectaron una ganancia récord de casi 5 billones de dólares en 2025, un aumento del 12,2 % con respecto a 2024. Esta disminución en la tasa de ganancia simultánea a un aumento en la masa total de ganancias es una señal clave del colapso capitalista.

La economía global ha avanzado a trompicones desde 2008 gracias a un crecimiento impulsado por la deuda, los rescates estatales y la especulación financiera. La deuda de los consumidores y de los Estados alcanzó la cifra récord de 337 billones de dólares a finales de 2025, casi el triple del PIB mundial de 117 billones de dólares. Estos niveles históricamente altos de deuda son insostenibles, al igual que la desenfrenada especulación financiera. La banca en la sombra [*shadow banking*], en gran medida un espacio financiero especulativo, creció del 150 % del PIB mundial en 2008 al 225 % en 2024, alcanzando los 257 billones de dólares. Una señal aún más contundente de la brecha entre la economía real y el capital ficticio es el desglose de los activos globales totales: de los 1.700 billones de dólares en activos en 2024, solo 620 billones correspondían a activos materiales, los mil billones restantes constituían capital ficticio puro.

La crisis de sobreacumulación genera una intensa presión para la expansión. La clase capitalista transnacional [CCT] busca con más desesperación salidas para descargar el excedente de capital acumulado. En 2025, China registró un superávit comercial récord de 1,2 billones de dólares –un aumento del 20 % con respecto a 2024–, lo que indica una enorme sobrecapacidad global y contribuye a la creciente competencia geopolítica por los mercados y las oportunidades de inversión. Liderada por el nuevo complejo capitalista hegemónico, la CCT está desatando una ronda depredadora de expansión impulsada por la digitalización, virando hacia formas más salvajes de acumulación extractivista, apoderándose de tierras, energía y recursos minerales para satisfacer la demanda de tecnología de IA y centros de datos. Este impulso implacable constituye la causa subyacente detrás de los titulares que sacuden al mundo.

El trumpismo global

El trumpismo en Estados Unidos constituye un Estado fascista embrionario que está forjando nuevas alianzas con Estados represivos de todo el mundo, a medida que la élite transnacional continúa fragmentándose. El trumpismo global es un instrumento de la ola mundial de expansión capitalista. Si la CCT confía en la revolución de la IA para restablecer los niveles de ganancias y la expansión productiva, está empezando a depender del Estado fascista para desbloquear el libre acceso a los recursos, controlar a las poblaciones inquietas y adoptar las políticas necesarias para la expansión.

El fascismo en la era industrial y el fascismo en la era digital son distintos, en tanto el fascismo del siglo XXI emerge como una respuesta de la extrema derecha a la creciente crisis del capitalismo global. Las nuevas tecnologías digitales han amplificado el poder del capital transnacional y mejorado la capacidad de los Estados para vigilar y controlar. El fascismo del siglo XXI implica la fusión del capital transnacional con el poder político represivo y reaccionario en el Estado junto con una movilización fascista en la sociedad civil; una fusión cada vez más visible en Estados Unidos bajo el régimen de Trump. Cada vez más dependiente de contratos estatales, subsidios, políticas desregulatorias y otras políticas estatales que establecen las condiciones para la expansión tecnológica, financiera y militar, el complejo hegemónico del capital está llegando a abrazar al Estado fascista.

En Estados Unidos, el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por su sigla en inglés) está emergiendo como una fuerza paramilitar fascista; una versión moderna de las camisas pardas que sirven de puente entre el desarrollo del Estado fascista y una reorganización fascista de la sociedad civil. La agresión del ICE, más allá de ser un ataque contra trabajadores inmigrantes, busca normalizar el terror paramilitar. Las instituciones del Estado capitalista son un terreno en disputa. El Departamento de Seguridad Nacional [Department of Homeland Security, DHS], que supervisa al ICE y la aplicación de la ley migratoria, y el Departamento de Justicia, que gestiona varias fuerzas policiales y de seguridad federales y es la máxima agencia fiscal del Estado, parecen formar el núcleo del intento de reestructurar el Estado según los lineamientos fascistas.

Por trumpismo global me refiero a una facción específica entre las élites transnacionales fraccionadas y los Estados que controlan. El trumpismo global representa quizás la agrupación más descaradamente autoritaria entre las élites globales. Simbolizado por Donald Trump y apoyado por figuras como el presidente salvadoreño Nayib Bukele, el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu, el expresidente brasileño Jair Bolsonaro, el presidente argentino Javier Milei, el presidente húngaro Viktor Orbán y el británico Nigel Farage, entre otros, el trumpismo global reúne a una gama de fuerzas autoritarias y neofascistas de extrema derecha alineadas ideológica y políticamente, que defienden la agenda trumpista y aplauden su gansterismo transnacional.

La consolidación del complejo capitalista hegemónico parece depender ahora del extremismo ideológico y el caudillismo político del trumpismo global. Este complejo está profundamente inmerso en sistemas transnacionales de guerra, control social, represión y vigilancia. Estos sistemas se están digitalizando, automatizando y arraigando profundamente en la economía y la sociedad globales. La acumulación militarizada y la acumulación por represión abren el acceso a los mercados y los recursos. La inversión en estos sistemas proporciona una importante salida para descargar el capital excedente acumulado. Los Estados y los capitalistas transnacionales pueden enfrentarse en una feroz competencia por la expansión de las fronteras de la acumulación global y el reparto de la plusvalía, pero todo capitalista del planeta necesita un Estado policial global que reprima y controle a las clases trabajadoras y populares, mientras que todo Estado capitalista cumple este mandato.

El gasto militar mundial alcanzó una cifra sin precedentes de 2,72 billones de dólares en 2024, un aumento de casi el 10 % con respecto al año anterior, el mayor aumento desde el fin de la Guerra Fría. En 2025, más de 100 países aumentaron sus presupuestos militares, muchos de ellos en cifras de dos dígitos. Esto ha impulsado una explosión en el valor de las acciones militares en todo el mundo, junto con nuevas inversiones masivas en empresas tecnológicas orientadas al ámbito militar. A medida que las tecnologías digitales se inscriben en la guerra y la represión, han proliferado las *startups* militares de alta tecnología, las llamadas “*defensa-tech*”. Solo en el segundo trimestre de 2025, los inversores colocaron más de 19 mil millones de dólares en estas *startups*, un aumento del 200 % con respecto al año anterior. La industria armamentística europea ha experimentado una expansión tres veces superior a la que tenía antes de la invasión rusa de Ucrania en 2022. El mercado mundial de mercenarios está en auge, a medida que se multiplican los Estados mafiosos y los paramilitares. China entrena a la policía y a las fuerzas de seguridad nacional en 138 países, mientras sus exportaciones de tecnología policial y de vigilancia se disparan.

La inversión extranjera directa [IED] global en tecnologías militares alcanzó un máximo histórico en los primeros nueve meses de 2025, impulsada por la creciente demanda y las tensiones geopolíticas. Las acciones militares se dispararon después de que Trump anunciara el 8 de enero que buscaría un aumento en el presupuesto militar de 2027 a 1,5 billones de dólares, frente a los 901 mil millones de dólares previstos para 2026. La Estrategia Nacional de Defensa para 2026 exige “sobrecargar la Base Industrial de Defensa de EE. UU.”. De manera similar, las acciones de Core Civic y GEO Group, dos de las principales corporaciones que administran campos de concentración privados con fines de lucro destinados a inmigrantes, se dispararon después de que Trump expandiera la guerra contra los inmigrantes, elevando su presupuesto a 170 mil millones de dólares. Estos fondos incluyeron un aumento masivo en la financiación del ICE, de 10 mil millones de dólares a 85 mil millones de dólares, junto con 45 mil millones de dólares para construir nuevos campos de concentración para inmigrantes, un aumento del 400 % con respecto a la asignación del año anterior.

Carnicería: la nueva estrategia de acumulación

El Estado fascista es un Estado de IA. Un caso emblemático del poder del complejo capitalista hegemónico fusionado con el Estado fascista es el del sistema de internet Starlink del multimillonario Elon Musk. Gran parte del mundo depende, para acceder a internet, de los 10 mil satélites puestos en órbita por Starlink, lo que le otorga vastos poderes –ejercidos a través del Estado fascista– sobre países y pueblos enteros, literalmente sobre la guerra y la paz. En febrero de 2025, por ejemplo, cuando el gobierno de Ucrania se negó a ceder ante las demandas estadounidenses de acceso a los minerales críticos de IA de ese país, los negociadores estadounidenses amenazaron con cortar el acceso de Kiev a Starlink, y paralizar así su comunicación militar en el campo de batalla.

Palantir es el epítome de la nueva generación de empresas tecnológicas fascistas de Pax Silica, impulsadas por esta fusión público-privada. El director ejecutivo Alex Karp ha promocionado el uso del *software* de su empresa por parte de agencias militares y de inteligencia para identificar, localizar y eliminar personas, ayudando a los Estados a desarrollar y optimizar la capacidad de una “cadena de muerte digital”. Tras el *boom* de la IA en la década de 2020, la empresa pasó de ser un contratista gubernamental especializado a una plataforma líder de integración de datos basada en IA, con presencia en numerosos sectores, desde la guerra y la represión hasta la sanidad, la educación, las finanzas, la fabricación industrial, el análisis de datos y la gestión de la cadena de suministro. Con una gran cantidad de contratos gubernamentales, el precio de sus acciones se disparó casi un 800 % entre 2019 y 2026, y su capitalización bursátil se disparó más de 1.700 % desde 2020. El vicepresidente estadounidense J. D. Vance es un protegido del multimillonario cofundador de Palantir, Peter Thiel. El ejército israelí ha utilizado la tecnología de Palantir en sus ataques al Líbano y en su genocidio en Gaza.

La “Junta de la Paz” de Gaza, inaugurada por Trump en el cónclave del Foro Económico Mundial [FEM] en enero pasado, busca establecer un nuevo eje entre Israel y los Estados del Golfo como ensayo regional para la Pax Silica global. Esta Junta de Genocidio es un instrumento político del trumpismo global en su esfuerzo por establecer un orden institucional internacional alternativo al sistema de las Naciones Unidas, el G7 y el G20. A medida que Israel pasa de un genocidio de alta intensidad a uno de baja intensidad en Gaza, la Junta pretende abrir la Franja a su gas y petróleo, sus propiedades costeras y su potencial turístico. Pero su misión principal es convertir la Franja en un centro para el eje de poder público-privado, alrededor del cual las *Gran Tech* y las finanzas tendrán vía libre para desarrollar un feudo corporativo soberano. El plan de la Junta exige la salida voluntaria de los palestinos a otro país, una serie de megaciudades de alta tecnología impulsadas por IA y un remanente de la Autoridad Palestina no especificado. Se trata, en esencia, de un plan masivo para la toma de control de Gaza por parte del capital transnacional, liderado por las *Gran Tech*, bajo la “Cúpula de Hierro” del ejército israelí y el control del trumpismo global.

El fascismo, la guerra y la acumulación están, por lo tanto, inextricablemente unidos en la modalidad de acumulación que ahora persigue el complejo capitalista hegemónico. Jared Kushner, multimillonario de criptomonedas, promotor inmobiliario y yerno de Trump, designado por el Presidente estadounidense como su “enviado de paz”, ha posicionado a la Junta como un modelo “para otras situaciones complejas y difíciles” en todo el mundo.

Gaza es la primera guerra de IA del siglo XXI, un genocidio algorítmico. Arrasar la Franja ha sido enormemente rentable. Dos años de destrucción absoluta darán paso a la bonanza: la “reconstrucción” liderada por el complejo capitalista hegemónico. La acumulación de capital mediante la guerra y la represión solo puede sostenerse mediante interminables rondas de destrucción y reconstrucción. Es necesario gastar armas para dar paso a nuevos órdenes. Cuanto más conflicto y destrucción se producen, mayor es el *boom* de la reconstrucción y más se pueden establecer las estructuras de extracción sobre ruinas humeantes y ensangrentadas. En la lógica depravada del capitalismo global en crisis, esta acumulación de masacres no es más que la contraparte de la acumulación de capital.

Liderada por el complejo hegemónico, la CCT se desboca contra las clases trabajadoras y populares globales. Sin embargo, el Estado fascista sigue siendo embrionario. Está plagado de contradicciones y lejos de consolidarse. Aquí radica el problema: el fascismo necesita una base social masiva, pero el proyecto no puede ofrecer una recompensa material a las clases trabajadoras y populares globales. Los niveles sin precedentes de polarización social global, las privaciones generalizadas y la expulsión de millones de personas alimentan el descontento masivo y las revueltas, encabezadas por los jóvenes. El levantamiento contra el ICE en Minnesota atrajo la atención mundial y despertó la voluntad de resistencia. La disensión dentro de la CCT y sus agentes políticos en Estados y foros internacionales se ha desbordado en un conflicto político abierto, evidenciado en el cónclave del FEM de enero de 2026 en Davos, a medida que se intensifica la confrontación geopolítica. Es evidente que el capital transnacional no puede ser gobernado. Debe ser destronado.

Sobre los autores y autoras

Pablo Vommaro es el director ejecutivo de CLACSO. Es posdoctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud por la Universidad Católica de San Pablo, el COLEF, la Universidad de Manizales y el CINDE y la UNLa; y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires [UBA]. Es investigador independiente del CONICET (en licencia). Cooordina el Grupo de Estudios de Políticas y Juventudes [GEPoJu, IIGG-UBA]. También es profesor en las Facultades de Ciencias Sociales (Carrera de Sociología) y de Filosofía y Letras (Departamento de Historia) de la UBA en grado y posgrado, y profesor invitado en universidades de Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, España y México. Es autor de numerosos artículos, capítulos de libros y libros en temas de juventudes y participación, desigualdades y políticas públicas de juventudes; historia latinoamericana y caribeña contemporánea; ciencia abierta, educación superior y evaluación científica. Es el director de la colección *Las juventudes hoy*, con 64 libros publicados entre 2015 y 2026.

Gloria Amézquita es psicóloga, magister en Globalización: procesos sociales y políticas económicas por la Universidad Autónoma de Santo Domingo y la Universidad del País Vasco, y magister en Estudios Caribeños por la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra [PUCMM] de la República Dominicana, su país de nacimiento. Es especialista en Migración por la FLACSO-Ecuador y estudiante doctoral del programa de Historia del Caribe de la PUCMM. Actualmente, es la directora académica de CLACSO. Ha desempeñado cargos de dirección de programas, incidencia política y gestión de proyectos sociales y de desarrollo en América Latina y el Caribe, particularmente enfocada en temas de derechos humanos, migración, interculturalidad y género. Cuenta con más de diez años de experiencia en la formulación, implementación y monitoreo de proyectos, tanto a nivel urbano como rural, demostrando habilidades en el manejo de equipos amplios y la articulación con organizaciones no gubernamentales [ONG], organizaciones de base comunitaria [OBC] y redes internacionales. Ha sido coordinadora y ccoordinadora del Grupo de Trabajo de CLACSO “Crisis, Respuesta y Alternativas en el Gran Caribe”, donde ha participado en publicaciones de libros y boletines, así como en espacios de diálogo sobre la situación caribeña. Su trayectoria académica y de cooperación ha estado combinada con el activismo social por los derechos de las y los migrantes y de las mujeres.

Manuela Boatcă es profesora de Sociología y directora del Programa de Estudios Globales de la Universidad de Friburgo, en Alemania. Su investigación, ubicada en la intersección entre las ciencias sociales históricas y los estudios culturales, se centra en la economía política de las desigualdades globales, el género y la ciudadanía, la raza y la colonialidad, las Europas desiguales y el Caribe. Fue profesora visitante en el Instituto de Estudios Sociales y Políticos de Río de Janeiro (Brasil) en 2007-2008, profesora de Sociología de las Desigualdades Globales en la Freie Universität de Berlín (Alemania) en 2012-2015, y profesora visitante Kerstin Hesselgren en la Universidad de Södertörn (Suecia) en 2025. En 2026-2027, será catedrática Theodor-Heuss en la New School for Social Research, EE. UU. Es autora de *From Neoevolutionism to World-Systems Analysis* (Leverkusen: Leske+Budrich, 2003), *Global Inequalities Beyond Occidentalism* (Londres: Routledge, 2016), *Laboratoare ale modernității. Europa de Est și America Latină în (co)relație* (Cluj-Napoca: Editura IDEA, 2020) y coeditora con Sérgio Costa y Encarnación Gutiérrez-Rodríguez de *Decolonizing European Sociology. Transdisciplinary Approaches* (Farnham: Ashgate, 2010). Su libro más reciente, *Creolizing the Modern. Transylvania across Empires* (Ithaca: Cornell University Press, 2022), fue escrito en coautoría con Anca Parvulescu y se tradujo al alemán y al rumano. Manuela escribe en inglés, alemán, francés, español, portugués brasileño y rumano.

Sandro Mezzadra es profesor de Filosofía Política en la Universidad de Bolonia. Asimismo, es adjunct professor en el Institute for Culture and Society de la Western Sydney University y en el Center for Cultural Research and Development de la Lingnan University (Hong Kong). En los últimos años, su investigación se ha centrado en temas como la migración, las fronteras, la crítica poscolonial, la logística y el capitalismo contemporáneo, desde una perspectiva transdisciplinaria y en el marco de una amplia red de colaboraciones internacionales. Participa del debate *operaista* y es uno de los fundadores del sitio web Euronomade y de la revista *Teiko*. Junto con Michael Hardt dirige *Portolan*, el blog de la revista *South Atlantic Quarterly*. En coautoría con Brett Neilson ha publicado *Border as Method, or, the Multiplication of Labor* (Durham: Duke University Press, 2013; trad. como *La frontera como método. O la multiplicación del trabajo*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2016), *The Politics of Operations. Excavating Contemporary Capitalism* (Durham: Duke University Press, 2019) y *The Rest and the West. Capital and Power in a Multipolar World* (Londres: Verso, 2024). En español también están disponibles otros dos de sus libros: *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización* (Madrid: Traficantes de Sueños, 2005) y *La cocina de Marx. El sujeto y su producción* (Buenos Aires: Tinta Limón, 2014).

Gurminder K. Bhabra es profesora de Sociología Histórica en la Universidad de Sussex. Actualmente, en la misma institución, su investigación se centra en la economía política de los imperios y el colonialismo. Entre sus publicaciones se encuentran el libro galardonado *Rethinking Modernity: Postcolonialism and the Sociological Imagination* (Londres: Palgrave, 2007) y *Colonialism and Modern Social Theory* (Cambridge: Polity Press, 2021), escrito en coautoría con John Holmwood. Es coeditora de *The Modern World after Colonialism: Remaking the Social Sciences* (Bristol: Bristol University Press, 2026), que es un libro de texto para estudiantes surgido del Connected Sociologies Curriculum Project, financiado por la Sociological Review Foundation. Es miembro de la British Academy, la Royal Historical Society y la Academy of Social Sciences, y ha sido presidenta de la British Sociological Association.

Göran Therborn es sociólogo y profesor emérito de la Universidad de Cambridge (Reino Unido). Estudió Ciencia Política, Sociología y Economía en la Universidad de Lund, donde completó su doctorado en Sociología en 1974, y fue docente allí hasta 1981. Más tarde ocupó las cátedras de Ciencia Política en la Universidad Católica de Nimega y de Sociología en la Universidad de Gotemburgo, codirigió el Swedish Collegium for Advanced Study in the Social Sciences y fue profesor de Sociología en Cambridge, donde continuó como director de Investigación hasta 2017. También fue profesor afiliado en la Universidad de Linneo (2010-2020). Recibió doctorados *honoris causa* de las universidades de Roskilde, Helsinki, Linneo, Madrid [UNED], Pretoria, Malmö y Córdoba (Argentina, 2024), y es Fellow de la Academy of Social Sciences del Reino Unido. Entre sus distinciones se cuentan el Premio Lenin sueco de 2019 y el Premio Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales de CLACSO en 2017. Presidió el Consejo Asesor Científico de CONNEX (2004-2008) y figura en *Who's Who* y en el *Dictionary of Eminent Social Scientists*, entre otras referencias. Su obra abarca la sociología política, la sociología histórica comparada, la desigualdad global, los Estados de bienestar, las familias, las ciudades, el análisis de clases y la teoría social radical. Sus obras se han publicado en más de 24 idiomas.=

Marga Ferré se formó en Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. Comenzó su carrera profesional como locutora de radio y periodista. En la actualidad, escribe artículos de análisis político para diversos medios de comunicación internacionales como *Público*, *Jacobin*, *CTXT* y es comentarista política en RTVE. Sus investigaciones se centran en el análisis de los fenómenos políticos

contemporáneos, la lucha contra la extrema derecha, el feminismo, la paz internacional y la transformación del capitalismo. Trabajó en las Comisiones Obreras (1997-2003) y coordinó la participación sindical en la Cumbre Mundial de Desarrollo Sostenible de Sudáfrica (2002). Fue diputada en la Asamblea de Madrid, España. Es fundadora y copresidenta de Transform! Europe, copresidenta de la Fundación por la Europa de los Ciudadanos (FEC, España) y miembro de la dirección federal de Izquierda Unida [IU] y del Partido Comunista de España [PCE]. Integra el Comité Académico Internacional del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales [CLACSO]. Participó en el Consejo Internacional del Foro Social Mundial y en el Foro del Socialismo Mundial de la Academia China de Ciencias Sociales.

William I. Robinson es profesor emérito de Sociología, Estudios Globales y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de California-Santa Bárbara (Estados Unidos). Ha escrito numerosos trabajos sobre el capitalismo global, la política mundial, la teoría social y América Latina. Entre sus libros más recientes se encuentran *Epochal Crisis: The Exhaustion of Global Capitalism* (Cambridge: Cambridge University Press, 2025), *Global Civil War: Capitalism Post-Pandemic* (Sunderland: PM Press, 2022) y *The Global Police State* (Londres: Pluto Press, 2020).

Trump, el imperio y el cambio social mundial

¿Hacia dónde vamos?

La reelección de Donald Trump y el bombardeo estadounidense sobre Venezuela en enero de 2026 reavivaron una pregunta que atraviesa a las ciencias sociales críticas: ¿hacia dónde se dirige el poder imperial norteamericano y qué cambios desata en la sociedad mundial? Este Cuaderno de Trabajo reúne seis ensayos que examinan el llamado “Corolario Trump” a la Doctrina Monroe desde perspectivas diversas: el declive hegemónico de Estados Unidos, la crisis del capitalismo global, el regreso del colonialismo y los riesgos de una nueva guerra mundial. Sin renunciar al rigor analítico ni a la controversia, el volumen interroga las causas y los efectos del trumpismo, discute la vigencia de categorías como imperialismo, neofascismo y colonialismo para nombrar el presente, y abre un diálogo Sur-Norte imprescindible para pensar los caminos posibles del cambio social mundial.